

hablador. Así es como Sócrates pudo acostumbrarse á vencer defectos aun mas fuertes que el de la charlatanería , pues se sabe llegó á someter al imperio de la razon hasta la misma hambre y sed : despues de haberse acalorado largo tiempo en la lucha y en la carrera , sintiéndose abrasar de sed , no bebia hasta haber derramado con mucha lentitud el primer vaso de agua que habia tomado del rio tambien con lentitud.

Del mismo modo aconsejaría yo al hablador que desea corregirse que huyese ante todas cosas de aquellas conversaciones que mas le agradan, y de los asuntos en que su lengua se ha acostumbrado á charlar mas. Tales son aquellos soldados viejos que empiezan y nunca acaban la enfadosa narracion de las batallas en que se han hallado , los asedios que han sostenido : fastidiosos héroes de la historia militar de todas sus campañas. Lo mismo digo de aquellos pleyteantes que ostigan continuamente á todos con la molesta relacion de su pleyto , y de todos los enredos de él desde el principio hasta despues de la sentencia. En una palabra , aquellos habladores que prefieren hablar de su profesion , ó de ciencias que se lisongean poseer mejor que otro. Así pues , el que ha pasado , ó tal vez perdido su mocedad en leer , habla sin cesar de hechos históricos , ó de literatura ; el gramático de sintáxis , de aoristos y reglas ; el viagero de naciones extrañas , de aventuras fabulosas , de costumbres y usos extravagantes ó bárbaros.

Vereis á uno de estos habladores introducirse en una concurrencia donde no se le aguardaba,

mezclarse en la conversacion , y con las expresiones mas absurdas , con las mas necias transiciones obligar á los que interrumpen á que vengán á hablar contra su voluntad del asunto sobre que él quiere disertar , ó mas bien repetir lo que dixo ayer , lo que dixo dos dias ha , y lo que ha dicho toda su vida. Si alguno poco deseoso de escucharle vuelve á tomar la palabra , aquel pesado hablador no le escucha , y esforzando la voz le obliga á callar , al menos hasta que ha concluido su fastidiosa relacion. He conocido en Beocia un hombre de este carácter , grandísimo hablador é ignorante : leyó una vez los tres primeros libros de la historia de los Eforos , y no cesaba luego de encaxar quanto en aquellos libros habia leído ; por manera que en todas las concurrencias en que se hallase , en la mesa , en el teatro , en los baños , se veía uno precisado á escucharle quieras que no la relacion de la batalla de Leuctra , y sus terribles conseqüencias.

Querria yo que esta especie de habladores quando se hallan atormentados por su vicio , se acostumbrasen , si fuese posible , á escribir una parte de lo que tienen que decir. Así lo hacia el estóyco *Antipatro* , el que no atreviéndose á disputar con *Carneades* , tomó el partido de responderle por escrito ; pero sus respuestas eran tan prolixas , que los volúmenes se multiplicaban , lo que hizo que le pusiesen el apodo de *Calamoboas* , ó *el hablador por escrito*. Creo que el habituarse á escribir en lugar de hablar , iria calmando poco á poco la loquacidad , del mismo modo que los

perros que han desahogado su cólera en las piedras que les han tirado , se hacen luego mas mansos y cariñosos. Tambien seria bueno que los habladores de profesion se impusiesen la ley de no tratar á otras personas sino á viejos venerables , ó sugetos de la primera distincion , pues la edad de los unos , y la autoridad de los otros les impondria silencio , ó á lo menos les obligaria á no hablar sino á propósito. Este método les conduciria á decirse á sí mismos siempre que les viniese gana de hablar : *¿Qué es lo que voy á decir? ¿Quién me obliga á hablar? Lo que tengo tanta impaciencia de contar ¿es interesante, es útil á mí mismo , ó á otro alguno? ¿No haria mejor en guardar un modesto silencio?* Y este seria ciertamente el partido que tomarian , y harian bien : porque en fin uno habla para sí quando tiene necesidad de instruirse ; para los otros quando está seguro que lo que va á decir podrá serles útil , ó para distraerles de sus ocupaciones , y divertirse con el placer de una conversacion agradable. Pero si el discurso no es útil al que le tiene , ni al que le escucha , ni agradable , ni interesante , ni nuevo , vale mucho mas callar. Finalicemos estas observaciones con una máxima muy importante , y digna de memoria: *Muchas veces se arrepiente uno de lo que ha hablado , y jamas de haber callado pudiendo.*

Semejanza extraordinaria.

Leí la otra noche en un librito francés la siguiente noticia que llamó mi atención, y creo podrá fixar la de mis lectores. Estas frioleras pueden servirnos como de reposo y desahogo de cosas mas serias, y aun tal habrá que las prefiera á estas.

Dos hermanos llamados los Condes de Ligneville y de Autricourt, de una antigua y nobilísima familia de Lorena, eran tan parecidos, que quando se vestian de un mismo modo, lo que hacian bien á menudo por divertirse, llegaban á equivocarlos hasta sus mismos criados; pero que mucho si sus propias mugeres se hallaban á veces confusas sin poder distinguirlos. Siendo ámbos Capitanes de caballería ligera, se ponía el uno al frente del esquadron del otro, sin que los oficiales ni soldados lo echasen de ver. Cometió un delito el Conde de Autricourt, y la parte contraria pedia su castigo, y queria se le pusiese preso. ¿Qué hizo el Conde de Ligneville? Se fué con su hermano, y ni aun le dexaba salir de casa sin acompañarle; el temor de castigar al inocente por el culpado hizo que no se atreviesen á prenderlos.

Tuvieron un dia la humorada de divertirse á costa de un infeliz barbero. Mr. de Ligneville le hizo llamar, y despues que se hubo afeitado un lado, se levantó con qualquier pretexto, y pasó á una pieza inmediata: Mr. de Autri-

court, que estaba allí escondido, se puso la bata de su hermano, se ató los paños de afeitar, y fué á sentarse en la silla que habia dexado Mr. de Ligneville. El barbero fué al instante á afeitar el lado que aun quedaba con barbas, pero se asustó al ver que en tan corto tiempo habian vuelto á crecer.

Parecióle que era cosa de bruxería, y todo trémulo y asustado comenzó á dar gritos, y se quedó como desmayado. Acudió gente, y mientras procuraban hacer volver en sí al barbero, el Conde de Autricourt se entró en su gabinete, y Mr. de Ligneville volvió á su puesto como al principio; pero el barbero se confundia aun mas, y no perdió el miedo, ni salió de su duda, hasta que vió juntos á los dos hermanos.

Pero lo mas particular es que en todo eran tan semejantes como en la figura: si el uno se ponía malo, tambien enfermaba el otro: igualmente la herida del uno dolía al otro: lo que mas admira es que por lo comun soñaban una misma cosa. El dia que el Conde de Autricourt cayó malo en Francia de una calentura continua, que llegó á quitarle la vida, el Conde de Ligneville, que se hallaba en Baviera, sintió la misma calentura, y hubiera muerto de ella como su hermano, si no se hubiese encomendado á nuestra Señora de Alterting, añade el manuscrito. *Si non é vero, é bene trovato.*

POESÍA. — O D A.*Á los impíos.*

De nuevo truena el indignado acento
de Dios omnipotente,
con que hace estremecer el firmamento
que en él su ruina siente.

No só la fiel cabeza, y humillada
del justo que lo adora,
suena su fuerte grito, y el espada
sacude vengadora:

Por tí, que despreciaste sus sagrados
preceptos, de vil suerte,
por tí, mísero impío, preparados
há los arcos de muerte.

Que no es su furor vano, como ciego
y obstinado confiesas,
ni vano de su rayo el vivo fuego,
ni vanas sus promesas:

Porque él es el que dixo: el mundo sea,
y fué al momento el mundo;
él el que formó al hombre por su idea,
y abrió el golfo profundo:

Él es el que los cielos aguijando
y las aguas un dia,
castigó del terreno y débil bando
la fiera rebeldía:

El es el que en el Sínai , glorioso
como Señor potente,
dictó divinas leyes portentoso
á la israelita gente:

El es en fin el Dios solo , infinito,
de cuya fuerte mano
depende igual el Querubin bendito
como el dragon insano.

Tú, triste Jericó , tú lo dixiste,
quando en la trompa airada
la voz envuelta del Señor oíste,
la infiel cerviz hollada:

Tambien , ó tú Sion , con llanto horrible
tarde lo publicaste,
quando de Dios por el furor terrible
tu destruccion tocaste.

¿Quién pues sino el Señor mover pudiera
como la paja el viento,
el globo inmenso y la eternal esfera
desde su firme asiento?

¿Y quién sino aquel Dios tan poderoso
que el orbe así gobierna,
pudo haberlo criado milagroso
con su alta mano eterna?

¿Creería una razon y sano juicio
que la débil hormiga
pudiera el hebreo templo y edificio
trastornar con fatiga?

¿Y aun osas tú decir mas sin cordura
que el acaso , la nada,
es la causa y Señor de la criatura
por él vivificada?

¿Humillaste contento, miserable,
á un sér que sér no tiene,
y niegas tu cerviz al admirable
Señor que te sostiene?

¿Á aquel grande Señor que no ha dudado
probarte su existencia,
quando con querer solo, destrozado
te hubiera sin violencia?

Mas ya un millon y mil, de fulminantes
espadas centellean,
que contra tí dispuestas y cortantes
solo su voz desean.

Y hablará, y oprimido en el momento
serás y confundido,
si esta vez á su aviso y llamamiento
cierras el duro oído.

Vuelve, y ácia su trono el torpe paso
para aplacarle guia,
que Dios es justo y recto, mas ¿acaso
se irrita cada dia?

Vuelve, y entre sus brazos deseados
te arroja; si no, advierte
que por tí, miserable, preparados
há los arcos de muerte.

Granada. Marron.